



Ricardo Monreal

Jóvenes en la política; entre lo digital y el territorio

Para nuestras y nuestros jóvenes políticos, la tentación más grande no es el error, sino la comodidad. Nunca había sido tan fácil construir una imagen pública sin pisar la calle. Un teléfono, una buena estrategia digital y algo de ingenio bastan para posicionar a cualquier perfil como "cercano", "auténtico" o "comprometido".

Pero esa proximidad es, muchas veces, apenas una ilusión cuidadosamente editada. El verdadero reto del nuevo —y especialmente del joven— político es romper esa burbuja y entender que la política no se hace solo desde la pantalla, sino desde el territorio.

Las redes sociales son, sin duda, una herramienta poderosa. Permiten comunicar en forma directa, sin intermediarios, y conectar con audiencias amplias en cuestión de minutos. Bien utilizadas, pueden amplificar causas, visibilizar problemas y generar conversación pública. Pero también tienen un límite claro: no sustituyen la experiencia real de la gente. El algoritmo no camina colonias, no espera el transporte público, no padece la inseguridad ni enfrenta la falta de servicios básicos. La política que se queda únicamente en lo digital corre el riesgo de volverse ajena, desconectada y, en el fondo, irrelevante.

En un país tan diverso como México, pretender entender la realidad a través de métricas digitales es una simplificación peligrosa. Cada distrito tiene su propia lógica, sus propias urgencias y su propia manera de relacionarse con el poder. Lo que preocupa en una zona ur-

bana puede ser completamente distinto de lo que duele en una comunidad rural. Y esas diferencias no siempre aparecen en tendencias, encuestas o comentarios en redes.

Por eso, el territorio sigue siendo insustituible. Salir, recorrer, escuchar, regresar no como acto simbólico, sino como práctica constante. Hablar con la gente en la calle implica más que oír, significa entender contextos, reconocer matices y, muchas veces, enfrentarse a realidades que no encajan en el discurso previamente construido. Ahí se pone a prueba la autenticidad de cualquier liderazgo.

El problema es que una parte de la nueva clase política ha invertido el orden natural de las cosas. Primero construyen una narrativa digital y luego buscan adaptarla a la realidad, cuando debería ser al revés. La calle debe informar el discurso, no el discurso moldear la calle. Cuando esto no ocurre, aparecen las inconsistencias: mensajes que funcionan en redes, pero que se desmoronan frente a una conversación directa; promesas que generan aplausos virtuales, pero escepticismo real.

Mezclar ambos mundos es, más que deseable, indispensable. Las redes deben servir para amplificar lo que se vive en territorio, no para simularlo. Un video tiene valor cuando refleja una experiencia real, no cuando intenta sustituirla. La credibilidad se construye cuando hay coherencia entre lo que se dice en línea y lo que se hace fuera de ella.

Además, hacer territorio implica asumir una responsabilidad mayor, la de no elegir dónde estar solamente por conveniencia política. Recorrer todos los distritos del país, incluso aquellos que no son electoralmente atractivos, habla de una vocación genuina de servicio. La política no puede limitarse a los espacios donde hay reflectores; debe extenderse a donde hay necesidades.

Al final, la política sigue siendo un ejercicio profundamente humano. Se trata de representar, de servir y de resolver.